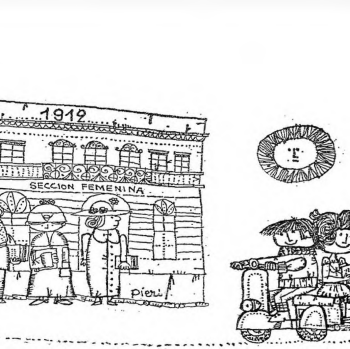


ANGEL RAMA

# lo que va de batlle a hoy

CUANDO se busca una explicación a este país de provincianismo —y de mediocridad— que pretende ensegarnos, explicación que sitúe el problema en las verdaderas causas y que por lo tanto esté más allá de los servidores que operan la represión moral, ideológica, social que contemplamos y contra la cual está empeñada una minoría moderna del país, la habremos de encontrar en la general parálisis de la estructura socio-económica del país, la cual no puede pensarse que no haya de repercutir sobre las formas superestructurales de la cultura nacional.

El estancamiento que padece el fundamento del país, la base real, la continuado los demás órdenes por una lenta e insidiosa penetración: no debe sorprender demasiado la timidez, la indecisión, —y la regresión, hablemos claro— que padece la vida cultural del país en los organismos rectores, pública, cuando un comportamiento similar se halla y se denuncia cotidianamente en la vida política, económica y social. Máxime cuando en un país como el nuestro, fuertemente estratizado, la presencia de los conductores políticos de la sociedad se hace sentir de inmediato en las actividades culturales que a ellos están vinculadas o que de ellos dependen. La selección de temas y previamente la selección de sus expositores delatan —reconocámoslo— una pluralidad de actitudes, gustos o inclinaciones, pero todos ellos pueden unificarse merced a un común denominador: no comprometerse, no arriesgar nada disonante, no provocar problemas, no crear discusiones, no separarse de los trillos establecidos, no romper la comedia cultural en que hemos ido sumergiéndonos, no alterar sobre todo las tradiciones ya establecidas, así huelan a humedad, a moho, a polvos envenenados.

Claro que tal situación delata una segunda y complementaria parálisis en los conductores políticos-culturales que también han sufrido el bochornoso proceso de inmovilización y regresión y que con incipaces de generar programas o posiciones realmente nuevas, realmente adecuadas a las necesidades profundas de una sociedad, quiere decir, del futuro de esa sociedad. Se ha dicho muchas veces en este semanario, que no hay partidos políticos; en el mismo sentido debe decirse que no hay políticos, entendiendo por tal a presidentes, hombres con planes concretos que, aunque sea tan tradicionalmente como acostumbrados Batlle y Ordóñez, se esfuerzen por enseñar para movilizar con ellos a una sociedad. Lo que hemos a cambio, son meros recolectores de votos, y de ahí su indecisión, la endeblez o versatilidad de sus posiciones ideológicas, su naturaleza plasmática y acomodaticia: parten de una preocupación dominante, constante: la mayor cantidad de votos, y del modo que sea, los de quienes piensan A y los de quienes piensan contra A, y por lo tanto no enseñan nada, ni pugnan por crear condiciones de vida que sean realmente distintas y que incluso puedan ir cambiando los vicios arraigados de la sociedad en plena atonía. No bien inaugurada la campaña electoral ya estamos en plena "macabrina". Al electorado se le pide que vote por los *muertos*, no por los vivos, que vote por Herrera o por Batlle o por Fernández Crespo, y de los vivos que vote por los que aseguran que no se pertenecen de "la batalla" o de "la ruta" de los desaparecidos. Todos se han puesto de acuerdo, probablemente sin necesidad de concertarse previamente, en un único slogan como no cambiar nada. Y si tal hacen no es por perversidad, sino porque creen, y no se equivocan, que eso es lo que pide su electorado: aferrados a los muertos porque ellos les dan seguridades. Y entre estos recolectores de votos no hay quien suba a la tribuna para decirles que se equivocan, que así sólo conseguirán adelantar su propia muerte.

PRESENCIAMOS un retorno a una ahora medrosa y defensiva, concepción pequeño-burguesa de la vida, que ya opone a aquella creadora y audaz que en una época anterior mostró ese mismo sector medio cuando fue capaz de plasmar, en las primeras décadas del siglo, el Uruguay moderno. Son los mismos hombres y las mismas ideas de hace cincuenta años las que ahora presenciamos, salvo una pequeña y trágica diferencia: de su aparición histórica a hoy han medido 50 años a lo largo de los cuales el mundo se ha dado vuelta como un guante. Y esto es la situación tragicómica de algunos de nuestros mejores valores: no comprender que las realizaciones prácticas de medio siglo atrás, sun aquéllas espléndidas, deben defenderse no en el tenor textual de su letra, sino por el espíritu audaz, moderno, creativo, que las caracterizó. La letra mata, es de sobra sabido. Y es a consecuencia de esta irritante fidelidad a la letra en un país tan inficionado de legalismo, que vemos que no sopla, o sopla muy poco, el espíritu creativo del cuerpo social. El país tiene miedo: a la sociedad uruguaya tanto le han gritado "cuidado con..." que ha llegado a una solución extrema para evitar errores: no moverse ni pestañear. Sólo la acecha el peligro de la lenta e interior putrefacción. Esta inmovilidad es fundamentalmente la de su medio burguesía que está en pleno proceso de regresión, que se aferra nostálgicamente a lo que fue antes, que adora las evocaciones de antaño, las memorias, los fastos turbolíticos del veinte, los tangos viejos, los autores de aquella época, los trajes si las sedas no se han quemado. Tal actitud la llevará al aniquilamiento, y quizás no haya por que llorar sobre el sepulcro de una clase social. Pero ocurre que sus principios, tercos y tenaces, se han infiltrado a toda la sociedad uruguaya; los han hecho suyos enormes zonas del proletariado y de los restantes sectores.

Creo que ese Marx quien decía que los muertos pesan con aplastante fuerza sobre los vivos, y este culto del pasado, en el plano literal, nos impide vivir a todos, incluso a aquellos que no creemos en ninguna de estas concepciones tradicionalistas. La sociedad es la resultante de las fuerzas mayoritarias, estamos todos en el mismo barco: al no ser tal como queremos nos oprime y nos dificulta el acceso a una vida nueva. Quiero tener aquí un ejemplo de este proceso de inmovilismo y culto de lo muerto, porque pienso que es muy claro y quizás ayude a ver sin miedos el peligro de aferrarse a las formas del pasado. Es un ejemplo tomado de la enseñanza en un país que ha hecho su honor del desarrollo y ampliación de las tareas educativas. Un país con el veneno pedagógico como ha señalado algún extranjero amigo.

Fue mes pasado se cumplieron 54 años de un acto audaz en la historia educativa del país: el 8 de mayo de 1912 el Senado aprobó el proyecto que había presentado al Poder Ejecutivo, creando un Instituto de Enseñanza Secundaria destinado exclusivamente al sexo femenino. Pocos días después el presidente Batlle y Ordóñez le ponía el cumplase y resultábamos ser de los primeros países latinoamericanos en disponer de un organismo educativo cuyos modelos procedían fundamentalmente de los Estados Unidos e Inglaterra, tal como explicaban parsimoniosamente en su informe Manuel B. Otero y Francisco Aceinelli. La creación de este Instituto se debía a la enormemente oportunísima de la segunda presidencia de Batlle y Ordóñez que marca el ingreso del país a la vida moderna, y que si bien reconocíamos responsable al impulso de aquel estadista, contó asimismo con el apoyo decidido de figuras de muy distintos partidos políticos, porque contó con el apoyo de toda una clase que imprimía su sello sobre el país.

El liceo de mujeres, como los liceos departamentales creados en la misma época, respondían a una necesidad: dotar al país de los cuadros intelectuales indispensables para su desarrollo económico, para las tareas que se proponía impulsar el estado, apelando sobre todo a los sectores sociales que auténticamente respaldaban el nuevo gobierno y partido, para lo cual era necesario ir hacia la gratuidad de la enseñanza, a la incorporación de la mujer al trabajo, a la preparación de la media burguesía pueblerina y la rural que rodeaba a las ciudades del interior. (Ni en la creación de los liceos departamentales ni del liceo de mujeres hubo el propósito de dotar al país de bachilleres como torpemente dijo Herrera, quien no se molestó en leer los documentos de la época *ni a oír las explicaciones de los pedagogos*, como tampoco se molestaron a hacerlo los que continuaron repitiendo los mismos errores decenas de años después). El propósito de crear toda una promoción de la que hoy llamaríamos técnicos era más que evidente aunque ello venía insertado en un gran alto pedagógico, del cual Vaz y Estable han dejado algunos testimonios mayores: la formación de la personalidad humana plena y total, el nuevo hombre o la nueva mujer para una nueva sociedad.

El liceo de mujeres, por ejemplo, tenía por finalidad central la formación plena de la mujer como tal, y sólo marginalmente la de permitir la preparación de las "facultades" que habían de ingresar luego a la Universidad. Aquí, como en el caso de los liceos departamentales la mira de muchachos de la pequeña burguesía que ingresó tratando de obtener una profesión liberal o literarias su intervención en la conducción del país, modelo estos institutos hasta transformarlos en lo que hoy son.

Un liceo exclusivamente de mujeres era una audaz conquista en 1912; permitía la educación de la mujer, como la diversificación de las tareas nacionales, permitía modelar hajo una concepción insensata a la sociedad de un pequeño país de América del Sur. Pocos países europeos habrían de ser capaces de lo que ese pasito sudamericano consiguió entonces. A ese liceo se le ha denominado Instituto José Batlle y Ordóñez y es lo mejor que puede hacerse para honrar a quien lo creó, pero 54 años después es un organismo totalmente anacrónico y perjudicial. La conservación es uno de esos principios archionocuidos y archiaceptados que rigen los sistemas pedagógicos modernos. Si en 1912 no se podía aspirar a que las naturales resistencias de una pequeña burguesía pueblerina a cual enviar sus hijas a estudiar era toda una aventura, en el momento presente mantener la educación separada es una enormidad pedagógica. Los colegios católicos del Uruguay desde hace unos tres años vienen experimentando la coeducación de los jóvenes, ellos que fueron los más reticentes a esta concepción moderna. En cambio el estado uruguayo, conservador y acrisolado institucionalmente, y en el campo de la educación que podría permanecer más libre de las ataduras de este provincianismo estrecho en el cual no sólo está el Uruguay sino que se lo pretende mantener, interesadamente, para que no se desembarace de sus actuales tabúes mentores.

Una de las funciones de tales autoritularios mentores consiste en hacer de la "tradición" la única cartilla que pueda leerse, y la entienden en este sentido mecánico de apegarse a las formas del pasado y oponerse a toda modificación. Bien, son razón, que si aceptan una, por pequeña que sea, luego se aspirará a otra y a otra. Al fin, sencillos débiles y enfermizos uruguayos se preguntarían para qué deben seguir obedeciendo a los tales guías, y alegremente los tirarían a la basura. Así sea.